

HUMBERTO MUSACCHIO

Barack Obama: ¿y a Latinoamérica, qué?

No hizo una sola referencia a México y Canadá. En todo el texto no hay una mención a América Latina, porque ya se sabe que el patio trasero es el de los desperdicios y resulta de mal gusto mencionarlo.

Entre la crisis y el conflicto, entre la esperanza y los sueños, por primera vez llega un hombre de origen africano a la presidencia de Estados Unidos, un país donde hace apenas medio siglo bandas fascistas como el Ku Klux Klan linchaban a las personas de piel oscura.

Fue en la posguerra cuando por primera vez se admitió a un beisbolista negro en las Grandes Ligas y cuando se tuvo que reconocer la grandeza de Joe Louis. A lo largo de las siguientes décadas los deportes fueron tiñéndose con las hazañas de un número abrumador de deportistas de diversa pigmentación que merecieron el aplauso de negros y blancos.

En los espectáculos el proceso se inició antes de la Segunda Guerra, pero aun así los Louis Armstrong y otros artistas eran garbanzos de a libra, gordinas que cantaban muy bien pero no hacían verano. Fue en la segunda mitad del siglo XX cuando surgieron formidables artistas negros que hoy son orgullo de Estados Unidos y admiración de todo el mundo.

En poco más de sesenta años cambió en forma drástica la sociedad estadounidense y, en ese proceso, más que el movimiento por los derechos civiles, más que los esfuerzos de hombres tan venerables como Martin Luther King, tuvo un papel determinante la dinámica del capitalismo, pues si un deportista o un cantante negro representaban un buen negocio, todo lo demás se subordinaba a la lógica del mercado.

Hoy la población afroestadunidense ha logrado derechos y reconocimientos que está lejos de obtener la que ahora es primera minoría: la de personas de origen latinoamericano, en la cual los 11 y medio millones de nacidos en México componen la porción mayor y más desprotegida, pues se trata de hombres y mujeres que trabajan duro para producir riqueza y pagan impuestos, pero carecen de servicios y seguridad social.

No sobra decir que esos 11 y medio millones de paisanos pertenecen a lo mejor de México. Son gente que en su mayoría está en edad productiva, han mostrado un enorme valor al dejar su patria para buscar el pan en tierra ajena y allá comprueban cada día su inventiva, laboriosidad y capacidades productivas. Son hombres y mujeres a los que nuestra clase política fue incapaz de dar empleo para arraigarlos y, ahora, en el exilio económico, demuestran cuánta falta nos hace su talento y su trabajo.

Pero ocurre que esos compatriotas carecen de todo derecho y los gobiernos mexicanos ni siquiera se han molestado en procurarles un mínimo de garantías durante su exilio. Carlos Salinas de Gortari firmó con EU y Canadá un Tratado de Libre Comercio que establece el libre flujo de capitales, mercancías y servicios, pero no de mano de obra,

pese a que para los citados países resulta impensable un día sin mexicanos, como se titula la película de Arau. En su contradictorio discurso, Obama no hizo una sola referencia a México y Canadá, sus más cercanos socios. En todo el texto no hay una mención a Latinoamérica, porque ya se sabe que el patio trasero es el de los desperdicios y resulta de mal gusto mencionarlo. Apenas dos o tres días antes de su asunción, Obama se permitió descalficar a Hugo Chávez, un gobernante elegido y reelegido por el voto mayoritario e inobjetable de los venezolanos. Si esa va a ser la tónica de su relación con Latinoamérica, habrá que manejarse con suma cautela.

En alguna parte de su discurso inaugural, Obama declaró que Estados

Continúa en siguiente hoja



Fecha 22.01.2009	Sección Primera-Opinión	Página 17
----------------------------	-----------------------------------	---------------------

Unidos “debe jugar su papel en anunciar una nueva era de paz” y señaló que el poder de su país, por sí mismo, “no nos puede proteger —a los estadounidenses— ni nos da derecho a hacer lo que queramos”. Y tiene razón, se trata de un imperio en decadencia y más le conviene un repliegue ordenado.

Por eso anunció el retiro de Irak, no tan pronto como el mundo desearía, y el cierre del centro de torturas de Guantánamo, para fecha todavía indeterminada. Pero de Afganistán, nada. Ahí seguirán los soldados estadounidenses a los que rindió homenaje al referirse a ellos como los que “patrullan lejanos desiertos y distantes montañas”.

Hay algo de esquizofrenia entre las loas a la paz y la mención elogiosa del intervencionismo. Pero deberemos acostumbrarnos a esa retórica de doble filo, pues el pacifismo de Obama debe responder a las multitudes que lo llevaron a la presidencia, las que representan, no sobra decirlo, lo mejor del país vecino. Sin embargo, el nuevo mandatario no gobierna en el vacío, sino severamente acotado por el complejo militar industrial, que tiene voz y voto en el Capitolio y capacidad suficiente para hacerle muy amarga la estancia en la Casa Blanca.

Celebremos, pues, el triunfo del pluralismo electoral, pero tomemos precauciones elementales ante un presidente que, consciente como está de que Estados Unidos debe replegarse, todavía repite que “Dios nos llama a darle forma a un destino incierto”, un destino manifiesto que históricamente se ha concretado en la invasión de otros países y que nos quitó la mitad del territorio en 1847. A juzgar por las palabras, pocas cosas buenas podemos esperar.

hum_mus@hotmail.com